

Eduardo Guerrero del Río

Un soñador profesional
Conversaciones con Mario Toral

Prólogo de Pedro Lastra

Facultad de Humanidades y Comunicaciones

Prólogo

En julio de 2007 y en agosto de 2010 tuve la oportunidad de presentar los libros *Tanai y el resplandor de Eros* y *Toral en el país de las maravillas* en la Corporación Cultural de Las Condes. En esos dos libros de Mario Toral, tanto como en lecturas anteriores de textos suyos aparecidos en revistas o publicaciones especializadas, vi una vez más en él no solo al gran pintor, muralista e ilustrador eminente como el que más entre nosotros y conocido por todos, sino a un escritor cabal a quien debía situarse, con máxima propiedad, en un lugar de importancia en las letras chilenas.

No era esta una idea surgida al discurrir de esas lecturas ni por la ocasión en que me era posible comentarlas, sino por una convicción de lector de muchos años y de seguidor asiduo del quehacer de un artista cuya múltiple e incesante actividad en las artes plásticas y en la literatura –algo infrecuente en Chile aunque no en otros tiempos y lugares– debiera tener un reconocimiento verdaderamente generalizado.

Señalaré solo dos características que me parecen centrales en esas simultáneas tareas suyas de creación y de reflexión que las genera y sustenta. La primera, tan sorprendente como felizmente lograda, es la plenitud de su registro, porque su libro *Tanai y el resplandor de Eros* es al mismo tiempo uno y varios libros, así como *Toral en el país de las maravillas* es, además de su aspecto reflexivo, una especie de sugerente “museo en movimiento”.

La segunda característica que me parece resaltante en su quehacer cotidiano es su estimulante curiosidad, que lo lleva a un continuo inquirir y estudiar cuanto le rodea. Y, por cierto, no remito con esta nota solo a lo que toca a su creación artística, sino a una constante moción de su ánimo, porque él sabe bien que sin una curiosidad auténticamente

totalizadora la dimensión de lo creado y reflexionado se reduce o se anula. Así lo vio Gonzalo Rojas, cuando Mario participó en su taller de poesía en Nueva York, en 1983, y leyó textos narrativos y testimoniales en esas reuniones: "... me gustaría, dijo poco después Gonzalo, escribir como Toral, el memorialista. Descarnado, intenso, con su desplante y con su fósforo".

El relato que ha logrado construir Eduardo Guerrero del Río, con una vida contada por su protagonista y que abunda tan notoriamente en las más diversas peripecias —puesto que abarca un largo tiempo, desde la infancia hasta la madurez: peripecias y situaciones vividas en diversos y cambiantes escenarios—, podría describirse con la palabra alemana *bildungsroman*, con la que los estudiosos de la narrativa definen "la novela de formación o educación", al tratar la vida de un personaje como proceso de desarrollo hacia la plena madurez. Este libro de la doble autoría de Toral y de Guerrero es también y precisamente eso: el relato de formación de una notable y ejemplar personalidad artística.

Entre los aciertos de Eduardo Guerrero, al conducir su diálogo con mano tan segura y cuidadosa y dibujar así un entramado pródigo en situaciones y espacios muy variados, está el de haber incluido un apéndice que recoge algunas muestras literarias de experiencias vividas o imaginadas por Mario Toral y que han tenido consecuencias evidentes en su trabajo artístico: el del erotismo, por ejemplo. Una invitación para que el lector de hoy conozca una zona más secreta de su quehacer, pero también para que el mismo autor se disponga a reunir sus escritos narrativos, testimoniales y de crítica, en un *corpus* que sea finalmente accesible a un mayor número de lectores y no solo en nuestro país.

Es tentador aludir siquiera a diversos momentos del presente relato, pero habré de indicar solo algunos de ellos, memorables, conmovedores y muy aleccionadores: por ejemplo, la amistad entrañable con un compañero de infancia en un popular y modesto barrio santiaguino, los juegos y el trato compartidos con ese personaje de horas infantiles y el reencuentro años después con ese hombre de ahora, casi un vagabundo que sigue siendo el mismo y quien le indica como sitio para otra reunión posible el invariable lugar en el que ocurrían las de la infancia: el grifo de la esquina, como si ese escenario fuera parte desde siempre de su humilde y

menesterosa residencia. Eduardo Guerrero ha tenido la buena ocurrencia de fotografiar ese grifo para ilustrar esta experiencia de su entrevistado.

Otras páginas memorables en esta conversación se refieren a la historia de cierto pintor del barrio, ciertamente un *naif*, llamado Agustín Calvo, poseedor de un pequeño almacén que desatendía del todo cuando estaba dedicado a su afición más absorbente: su pintura. El afán tan apasionado y obsesivo de ese hombre animó, se diría que de manera decisiva, la vocación germinante del niño que lo observaba; y aunque no recibió de él, desde luego, sino una sugestiva indicación sobre tal oficio, le fue inolvidable la constancia de un trabajo silencioso, solitario y desinteresado que se complacía a sí mismo en su sola realización, sin buscar recompensa alguna ni reconocimiento. Esas páginas como otras –numerosas– que constituyen este significativo libro dispuesto con ponderable sentido de la función que compete a un entrevistador tan atento como informado, son en verdad relatos que podrían constituir otra suma narrativa.

Las peripecias de los muchos viajes de Mario Toral, desde la secreta partida de la casa paterna a los dieciséis años de edad, sin advertírselo a nadie, y las múltiples aventuras a veces abrumadoras para él, pero siempre asumidas con admirable entereza por el muchacho sin oficio, pero del todo consciente de su búsqueda y vocación, dan plena luz al proceso de formación del pintor que Mario Toral iba a ser.

No incurriré en el error de resumir indebidamente lo que el prolongado diálogo, siempre ameno y enriquecedor, de Mario Toral con Eduardo Guerrero muestra de manera precisa y muy a menudo cautivante, aunque sí me parece necesario llamar la atención sobre el comienzo y desarrollo de una amistad originada en París entre el inquieto y juvenil viajero con una personalidad sobresaliente de la pintura chilena como fue la de Enrique Zañartu. Hay buenas razones para esta insistencia: Enrique Zañartu vivió y murió en Francia y su obra es casi desconocida en Chile, con evidente injusticia. La atención que ha recibido es escasa, pero entre las excepciones valiosas de esa atención sobresalen los textos biográficos y críticos de Mario Toral, de notable poder situacional y evocativo.

Finalmente, y ya que he mencionado al inicio de estos apuntes el libro *Tanai y el resplandor de Eros*, cerraré este no tan breve Prólogo

regresando a lo que llamaría una primera vertiente de ese libro desplegado y revelador. Esa vertiente está dedicada a estudiar dos obras ejemplares que ilustran la certidumbre de que hay hechos reales que desatan la indignación del artista, esas grandes injusticias que promueven el nacimiento, dice Toral, de obras fundamentales sobre graves momentos históricos: *La balsa de la Medusa* de Théodore Géricault y *Guernica* de Pablo Picasso, son la materia de esos comentarios que no pueden valorarse sino como esenciales. Y es el caso que esas páginas incluidas en el libro del año 2007 llevan a los conversadores –aunque sin aludir específicamente a ellas– a una mención harto más cercana: la de un cuadro del mural que vemos ahora en la estación del metro santiaguino Universidad de Chile, referido al *Martirio de Rodrigo Rojas y Carmen Gloria Quintana*.

Este libro deberá ser entendido, por todo esto y por su factura misma, como una lección de vida, no solo por las dimensiones que adquieren página a página las diversas peripecias del largo y variado discuir del entrevistado, sino por la intensidad con que ellas han sido vividas e incorporadas a un quehacer artístico variado y ejemplar. Es de celebrar, por eso, la narración articulada por Eduardo Guerrero y que configura el todo de una vocación llevada por su interlocutor a una extraordinaria realización. Este intercambio dialógico pone de manifiesto los dones expresivos, orales y escritos, de Mario Toral, respondiendo así y sin vacilación alguna a ese designio cifrado en una de sus frases más reveladoras: “Solo los que comprenden su pasado pueden vivir plenamente los días presentes”.

Pedro Lastra
Poeta, ensayista y académico chileno
Santiago, junio del 2019

Palabras de amistad

Mario Toral es un gran y destacado artista visual, ¿qué duda cabe!, pero es mucho más que eso, es un hombre que conoce y ha profundizado en muchas facetas del saber artístico y cultural.

Por eso, una larga conversación, que recorra su vida y obra, es una invitación a conocer una historia, un pensamiento y una trayectoria fascinante.

Cuando a fines del año 1992 decidimos en la Universidad Finis Terrae iniciar una Licenciatura en Artes Plásticas y crear una Facultad de Arte, buscamos la persona que entre cuyos atributos debiera contar, además de un conocimiento, vocación y talento en las artes plásticas, con una visión más amplia de las Artes (con mayúsculas), que abarcara una mirada más extensa y no limitada de las mismas y pudiera cristalizar nuestros sueños.

En esta búsqueda, un exconsejero fundador, gran conocedor del mundo cultural y de sus protagonistas, nos sugirió el nombre de Mario Toral.

En conjunto con el rector Pablo Baraona, nos entusiasmó la perspectiva de incorporar a Mario al proyecto, cuyo nombre fue acogido con gran entusiasmo por el Consejo.

Mario residía gran parte de su tiempo en Nueva York y otra parte en Santiago, y le propusimos participar en la creación y dirección de la Facultad con solo un pequeño cambio de sus prioridades, para que, sin abandonar del todo la Gran Manzana, dedicara otra parte importante de su tiempo a la formación y proyección de la carrera.

Nos interesaba su visión amplia, sin prejuicios, su concepto asociado a la libertad de creación y su vasta cultura, que permitiría invitar a un

profesorado de excelencia, que no estaría limitado a la formación en una determinada línea de producción artística.

Mario se entusiasmó con la idea y se incorporó de lleno al proyecto. Impuso su criterio sobre la importancia del dibujo en la formación de los artistas visuales y contribuyó a la integración de un grupo de artistas amplio, participativo y de trayectoria, a las labores docentes.

Sin embargo, Mario es más que un artista visual talentoso y reconocido, pues es también un gran docente, un pensador de temas filosóficos y antropológicos, un gran conocedor de otras disciplinas artísticas, como el cine y la literatura, y un excelente escritor y divulgador.

Su preocupación por los pueblos originarios, incluidos el pueblo Rapa Nui, ha sido persistente, y su conocimiento de la historia de Chile le permitió dar vida a ese excelente mural, *Memoria visual de una nación*, que recibe a los pasajeros del metro de Santiago en la Estación Universidad de Chile. Pero este no es el único mural que ha ejecutado, sino muchos más en lugares públicos del país, entre otros uno en la Universidad Finis Terrae.

Sus escritos son notables, entre ellos, el discurso con que se incorporó como Miembro de Número de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile, y *Tanai y el resplandor de Eros*, un transitar lúdico por la vida acompañado de referencias a la mitología universal, a cuadros íconos, a personajes y a ciudades inolvidables.

Sus ideales se expanden en la proyección de su obra y en la formación de los habitantes de su país, y de ahí su proyecto de Fundación, para dejar un testimonio vívido de sus raíces en esta tierra y de su labor creativa.

Finalmente, su inquietud en el ámbito de las letras lo ha llevado a participar en la edición de libros de arte ilustrados, como *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda, y a crear en su época de decano de la UFT una revista, *Alas y Raíces*, de la cual se publicaron siete números, todos bajo su dirección y de gran calidad, que abarcaron distintas áreas de la producción artística, como el N° 3, dedicado a la escultura; el N°4, al grabado; el N°5, al humor en el arte; el N°6, al Quijote, y el N°7, a la fotografía.

Tal como se presenta en su tarjeta de visita, *Un soñador profesional*, ha dado luz a algunos de sus sueños en estas publicaciones y sus libros ya mencionados anteriormente.

Nunca nos cansaremos de escuchar su voz, recoger sus reflexiones, conocer sus sueños, admirar sus murales, cuadros, dibujos y grabados, y apreciar su vasta cultura.

Roberto Guerrero del Río
Fundador Universidad Finis Terrae
Exsecretario general y exrector
Santiago, junio del 2019

Presentación

Conocí a Mario Toral en la Universidad Finis Terrae. Eran los años noventa, acercándose peligrosamente al nuevo milenio, con profecía incluida. Por esos años, yo dirigía la Escuela de Teatro de dicha universidad y Mario Toral era el decano de la Facultad de Arte. Los días miércoles nos veíamos en la reunión semanal de decanos y directores con la plana mayor de la universidad. Casi siempre, porque Mario aún tenía su loft en Nueva York, y viajaba cada cierto tiempo. Por lo mismo, cuando publiqué mi primer libro de poesía, *Cuarenta poemas de amor de un ciudadano N.N.*, el año 1996, le solicité una de sus acuarelas para la fotografía de la portada (*Monumento al amor*). Dos años después, Toral culminaba su gran proyecto: *Memoria visual de una nación*, en el Metro de la Universidad de Chile. A raíz de eso y de mi interés por realizar entrevistas a escritores, dramaturgos, directores de teatro y artistas, en general, plasmadas en algunos libros y en diversos ciclos efectuados tanto en la universidad como en otros sitios (Instituto Chileno de Cultura Hispánica y Hotel Carrera, por ejemplo), se me ocurrió escribir un libro de conversaciones con el pintor, pensando que sería un buen momento para publicarlo, por lo del mural. Pero solo alcancé a efectuar dos entrevistas hacia fines del siglo pasado y, por diversos motivos, algunos conocidos y otros desconocidos, el proyecto quedó inconcluso. Como la vida misma.

Muchos años después, específicamente en el 2016, el decano de la Facultad de Humanidades y Comunicaciones, Álvaro Góngora, me planteó la posibilidad de escribir un libro de entrevistas con Toral. No lo pensé demasiado. Acepté de inmediato. Era la ocasión propicia para culminar el texto. A su vez, hice partícipe al pintor de esta iniciativa,

apoyándola, eso sí, con la condición de que hubiera un compromiso de publicación de la universidad.

Volvimos a juntarnos en su casa de Las Condes en varias oportunidades (unas treinta veces, más o menos). Hubo momentos, por qué no decirlo, algo dificultosos, pero contra viento y marea hemos podido llegar al término de esta aventura. Sí, aventura, porque dialogar con Mario –más allá de su amena conversación y de su sentido del humor– ha significado conocer los vericuetos de su existencia: de su vida y de su obra. Y ello no es poco decir.

Sin duda, hay que señalar algunas cosas, porque además de lo registrado en la grabadora y, posteriormente, editado, me he valido también de otros materiales, con autorización del pintor, como su libro *Tanai y el resplandor de Eros*, otras entrevistas, algunos textos sobre su obra, etcétera, tratando, eso sí, de mantener una cierta coherencia en la escritura final. Algo así como un complemento. Pero, en definitiva, lo que me ha interesado dejar en el registro es lo que podríamos llamar el “fluir de la memoria”, aunque ello implique ciertas imprecisiones, algunas repeticiones, entre otras cosas.

Este es un libro de muchos años de gestación y concreción. Como siempre, cuando se termina un proyecto, queda en uno una especie de vacío, un preguntarse qué vendrá ahora, por qué caminos comenzaremos a incursionar. Por eso, estas palabras de agradecimiento, en primer lugar, a Mario Toral, por su hospitalidad y su disposición para culminar esta aventura de la mejor manera posible; en segundo lugar, a la Universidad Finis Terrae, mi casa universitaria durante treinta años, especialmente a Álvaro Góngora, por la confianza depositada en mí para transformar estas entrevistas en un libro. Un nuevo nacimiento, en lo personal (el número veinte), en esta azarosa incursión por el mundo de las letras y de la escritura.

Eduardo Guerrero del Río
Santiago, octubre del 2019

“Solo los que comprenden su pasado pueden vivir
plenamente los días presentes”.

“El artista pinta solo un cuadro en toda su vida”.

“Todo artista crea como una segunda vida que cuesta
separarla de la vida real”.

“Uno muere como si acabara de nacer”.

Mario Toral